

LA ILUSIÓN DE LOS AISLACIONISTAS O LA NUEVA GUERRA FRÍA

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO



BASTA UN CORTO PASEO por la propia casa para convencernos de que estaría muerto si estuviera solo. De las cosas que poseo, que necesito para vivir, ¿qué podría tener sin otros seres humanos? ¿Ese sillón? No, no tengo ni idea de cómo trabajar la madera ni de cómo hacer las fibras que lo cubren. ¿Y los bolígrafos de mi escritorio? ¿O el papel? La verdad, sin quienes los produjeran me vería forzado a escribir con carbones sobre hojas de árboles secas. ¿El alimento que como? Incluso en el mejor de los casos, el 90% estaría más allá de la dieta que podría cultivar yo mismo, pues además de que los productos vienen de distintos climas no provienen todos de un solo país, e incluso los espaguetis han sido procesados antes. ¿El grifo de agua? Incluso si supiera como elaborar el grifo mismo, no serviría de nada sin el complejo sistema de bombas y electricidad que sube el agua hasta mi apartamento y que no puede manejar una sola persona. ¿El horno para calentar mis alimentos? ¿La nevera? ¿La computadora donde escribo esto? Ni hablemos. Todos ellos superan los conocimientos y capacidades no solo mías, sino de cualquier ser humano individual, pues ningún arte-

facto moderno puede ser construido en su totalidad por una sola persona: el que sabe cómo armarlos, no sabe cómo producir los componentes, y el que sabe cómo producir los componentes, no sabe cómo extraer las materias primas originales.

Sin otros seres humanos, nuestras vidas serían miserables, incómodas... Y cortas, muy cortas. No es ni siquiera necesario mencionar ese insoportable peso de la soledad no elegida para saber que necesitamos a otros. Si la sociedad colapsara, no habría ciudades. Sin ciudades, sin comunidad, la única forma de sobrevivir para la gran mayoría de los seres humanos sería regresar al nomadismo, pues incluso la mayoría de las comunidades campesinas actuales colapsarían sin ciudades. Y la vida es dura para los nómadas, pues la existencia debe girar alrededor de la búsqueda de suficiente alimento para subsistir. No es fácil encontrar los suficientes nutrientes diariamente para mantener a nuestro cerebro vivo y a nuestro corazón latiente, ni siquiera en ambientes tan llenos de vida como

el Amazonas, donde los que se pierden deben enfrentar un dilema: o seguir andando para salir de la selva, o reunir alimento para no debilitarse, pues no se puede hacer las dos cosas a la vez. Nuestra civilización, nuestra ciencia y nuestro arte, existen porque gracias a unirnos pudimos especializarnos y crear estructuras más complejas y más productivas, lo que nos permite dedicar nuestro trabajo y nuestro tiempo a algo más que encontrar la comida indispensable cada día. Y mientras más equitativa sea una sociedad, más personas podrán tener esa posibilidad y beneficiarnos a todos con su trabajo especializado.

Ahora bien, los pueblos nómadas sobreviven en la selva, la estepa o el desierto por conocimientos transmitidos durante generaciones. ¿Qué pasaría con nosotros, los hombres y mujeres de las ciudades, si nos viéramos forzados a volver a la vida nómada? Lo más probable es que al final siguiéramos el camino de tantos conquistadores españoles extraviados en las selvas latinoamericanas durante la conquista, o de algunos exploradores polares de los siglos XIX y XX, como la famosa expedición perdida de John Franklin, y acabáramos consumiendo el cuerpo de desconocidos y amigos para poder vivir siquiera un día más, pues para el hombre urbano, incapaz de saber cómo producir o encontrar el alimento que necesita, del nomadismo al canibalismo hay un solo corto y frágil paso. Pero lo cierto es que, si las ciudades cayeran, eso no llegaría a ser una preocupación para la mayoría de nosotros, pues solo algunos vivirían tanto como para verse en esa encrucijada, ya que el hambre, la sed, y

las enfermedades acabarían con la mayoría de nosotros mucho antes de ello.

Pero entonces, si es tan fácil saber que necesitamos a otros, que necesitamos comuni-

dades grandes para sobrevivir, que el terror en su dimensión más absoluta nos espera si dejamos que lo que llamamos “civilización moderna” fracase, ¿por qué parece que cada vez lucen más poderosas las fuerzas que pretenden

Sin otros seres humanos,
nuestras vidas serían
miserables, incómodas...

Y cortas, muy cortas.

No es ni siquiera
necesario mencionar ese
insostenible peso de la
soledad no elegida para
saber que necesitamos
a otros.

disolver las ideas de “comunidad” e “integración” que están en la base misma del sistema? Una nueva ronda de regímenes autoritarios, centrados en la exclusión y el aislamiento están tomando fuerza en gran parte del mundo, llevados a la cima del poder por medios democráticos y ayudados por intensas campañas de desinformación en las redes sociales y promesas de beneficios económicos rápidos. El que ofrezcan a sus votantes un “enemigo” (cualquier forma de “otro”, sean extranjeros o miembros de minorías excluidas) o prometan rápidos beneficios económicos a punta de desregulación ecológica y económica, recortes de impuestos a los más ricos, y retorno a un nacionalismo distorsionado, solo explica parte de su nuevo auge. Tanto si cumplen sus promesas económicas como si no (y es fácil que las cumplan, pues no se necesita ser un genio para generar un boom cortoplacista, mientras no le importe a uno lo que pasará después cuando llegue la factura por esas políticas) su base seguirá con ellos, pues lo que han despertado es una mezcla de egoísmo, narcisismo y resentimiento por los derechos

ajenos que nunca nos han abandonado como especie. Esta “nueva Guerra Fría”, como la califica David Brooks, no es en últimas ni siquiera entre ricos y pobres, o entre estados del bienestar y neoliberalismo, aunque dichos temas estén relacionados al nuevo conflicto, sino entre las fuerzas que mantienen nuestras sociedades unidas y esas otras que pretenden fragmentarlas.

No es la primera vez. Hasta cierto punto uno podría pensar incluso que la democracia se rompe de forma cíclica. Ante todo por la acumulación de temas evadidos por conveniencia, como la imposibilidad de que la democracia funcione sin una educación de calidad que empodere a los votantes. Pero hay una diferencia: antes creíamos en un futuro abierto y pensábamos que teníamos todo el tiempo para reparar el mundo luego de que los regímenes del egoísmo lo quebraran con carreras armamentistas y rompimiento de tratados. De hecho, ni siquiera estábamos conscientes de que había otro elemento, la ecología, que no da espera. No era siquiera un tema a considerar en las campañas electorales. Hoy sabemos mucho mejor que nuestra desidia tiene consecuencias, que nuestro consumo no es sostenible y que se precisa de urgentes cambios para mantener un balance mínimo que preserve para generaciones futuras al único planeta con que contamos.

Y en ese sentido hay que tener claro algo: la presente crisis de las democracias no se trata de una más, ni de un simple enfrentamiento entre la extrema derecha y el centro del extremo político, o entre el nacionalismo y el globalismo malentendidos. Se trata de un enfrentamiento por la supervivencia misma de la idea de sociedad que hemos erigido sobre ciertos idea-

les de interdependencia y que hemos dado por sentado durante demasiadas décadas. Ningún país es autosuficiente hoy, ni puede serlo, pues todos compartimos una misma atmósfera, un mismo ecosistema global y recursos limitados. Por eso, lo que está en riesgo ahora no es solo el futuro de algunas naciones (entre ellas Brasil, la nación que posee la mayoría del único pulmón que le queda a la Tierra), sino la idea misma de sociedad. Si algo deberíamos haber aprendido luego del último siglo es que la frontera entre lo macro y lo cotidiano solo existe en nuestra imaginación. Si el sistema macro global colapsa ahora, precisamente cuando enfrentamos la mayor amenaza ecológica de nuestra historia como especie, ninguna de nuestras sociedades sobrevivirá incólume, ni todas ellas sobrevivirán. Hoy nadie está solo, pues la soledad es imposible en nuestra mutua interdependencia. Si no aceptamos esto, eso no cambiará el hecho de nuestra profunda interconexión, pero si lo aceptamos y defendemos, quizá tengamos tiempo de escoger el resultado final. **U**

